

REVISTA TEATRAL [1].

Afortunadamente para nuestra España todos los cambios y vicisitudes literarias que tanto han agitado y agitan aun á la vecina Francia, se han sentido en nuestro país como un eco mas ó menos lejano, mas ó menos sonoro; pero no han brotado de nuestro suelo tan espontáneos y tan violentos como allí, y solo el espíritu fatal de imitación ha podido llevar á alguno de nuestros ingenios á extremos y exageraciones que debieran escusarse, y que no hallaban consonancia ni respuesta en el corazón de nuestro pueblo. No porque aquí como en otra parte no fuese menester una protesta franca y vigorosa en favor de la libertad del pensamiento; sino porque la supremacía de la escuela de las reglas, no contestada por el mundo erudito y crítico, habíalo sido por el buen sentido del público, en cuyo corazón y memoria se conservaba vivo y poderoso el espíritu galante, noble y caballeresco de nuestro antiguo teatro. Así, pues, mal pudo echar hondas raíces en el favor de un pueblo entusiasta, religioso y apasionado, y por lo tanto no era menester para descuartizarla en cuanto dictase la razón y la cordura los mismos esfuerzos y trabajos que se emplearon en otra parte con igual objeto. La acción si bien viva, perseverante y aun pudieramos decir obstinada, habia sido flaca en poder y pobre en resultados, y la reacción por lo tanto no necesitaba salir de los límites de la templanza, introduciendo innovaciones que repugnan la moralidad de nuestras costumbres dramáticas.

Otra ventaja militaba tambien á nuestro favor, y era que al romper un orden de ideas establecido, podian muy bien volver nuestros ingenios los ojos á otro orden mas antiguo y respetado, fundado en un principio mas fecundo y mas análogo á la sensibilidad de nuestro pueblo. Hablamos del teatro antiguo español.

Sentado dejamos arriba que el principio de la imitación es por su naturaleza estéril y angosto, y de consiguiente no hay porque creer que lo aconsejemos á nuestros ingenios; pero entre nosotros, salvas las modificaciones que reclaman el transcurso de los tiempos y el estado de las luces, estaba ya resuelta una de las grandes cuestiones del problema literario; la cuestión de las formas. Ora se atiende á la pureza y movimiento del diálogo, ora á la música de la versificación y á la lozania de la lengua, ora por fin al enredo y travesura del plan, á la feliz invención y habil manejo de la fábula, lo cierto es que nuestros dramáticos antiguos nada tienen que envidiar á los mas encumbrados ingenios extranjeros, cuya mayor parte se queda muy atras. Los escritores que han roto en Francia el carcomido yugo de las reglas, han tenido que madurar el fondo de sus obras é inventar ó ir á buscar fuera de su país las proporciones que habian de darles: de consiguiente su tarea era mas árdua y mas escasas sus probabilidades de acierto. Nuestros modernos dramáticos, al contrario no tenían otra cosa que hacer sino perfeccionar, si era dable, un instrumento maravilloso, é imaginar obras en que emplearlo dignamente; de modo que para sus creaciones solo habian menester mas que el estudio profundo de la tendencia de la época así en los caracteres donde debe encarnarse el pensamiento cardinal, como en este mismo pensamiento. La marcha de las ideas es en el día sobrado universal y humanitaria para circunscribir el estudio del hombre á un solo país ó á determinadas costumbres, y no es esta la época en que esten reñidas (si

en alguna pueden estarlo) la magnificencia y brillantez de Calderon con la profundidad vigorosa y apasionada de Shakespeare ó el escepticismo lúgubre y nebuloso de Goethe.

Esto supuesto, ha sido lamentable el desvío y tibieza con que muchos de nuestros modernos ingenios han mirado el estudio detenido y grave del teatro antiguo, porque á ellos está reservado (y aun deben mirarlo como una obligación) el restituir á nuestra escena la nacionalidad que debe tener segun las condiciones del estado actual de la civilización. No es menos de lastimar que la mayor parte de sus esfuerzos hayan ido encaminados á posesionar de nuestra escena creaciones desnudas muchas veces de verdad, hijas legítimas del moderno teatro francés, y símbolo de un orden de cosas ó de ideas casi siempre incomprendibles para nuestro pueblo. Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban en este gran manantial corren inminente peligro de salir á la luz enfermizas y defectuosas.

Como quiera, obras hemos visto que si bien distintas en el fondo y no menos distintas en las apariencias, han sido parte á consolarnos de estos yerros que tanto nos apesadumbran. Entre ellas nos han parecido las mas sobresalientes (dicho sea sin agravio de nadie) el D. ALVARO del señor *Duque de Rivas*, DOÑA MENCIA del Sr. *Hartzenbusch* y la comedia del Sr. *Zorrilla* que acaba de ponerse en escena con el título de *CADA CUAL CON SU RAZON*.

El primero de estos dramas, primero tambien de la moderna escuela que arrojó victoriosamente en nuestras tablas el escándalo de un cisma literario y todas sus consecuencias, nos parece colosal en su pensamiento, atrevido en su plan, acertado en su manejo y de grandioso efecto en su conjunto y desenlace. Sin embargo, si hemos de decir lo que reclaman de nosotros la franqueza de nuestro carácter y el subido mérito del autor, confesaremos que el pensamiento, ramificación del mismo que ha dictado á *Nuestra señora de Paris* (y cuenta que no intentamos rebajarle con esto) nos parece hijo de una filosofía desconsoladora y escéptica y de consiguiente poco social y progresiva; y que en los medios y en el desenlace se nos antoja un tanto sujeto á las exigencias de la escuela entonces dominante. Algo lo alejan estas cualidades del carácter general de nuestro teatro; pero en toda lo demas pertenece por entero á nuestra grandiosa escuela, y apenas puede darse cohesión mas íntima que la que reina entre sus personajes y los personajes de la sociedad española. Desde la creación gigantesca y tal vez sobrado fantástica de D. Alvaro, hasta las conversaciones de la cocina y de una posada andaluza, todo es verdadero, palpitante y rico de color y lozania. Las formas elegantes, puras y castizas de la versificación, el dibujo correcto, severo y atrevido de los personajes, el colorido local, tan preciosamente entendido y manejado, la flexibilidad escogida del diálogo, su viveza, chiste y movimiento; todo revela en este drama el estudio profundo y lleno de conciencia del antiguo; no en el sentido que se da generalmente á esta palabra, sino del antiguo español con su filosofía, sus bellezas originales y ricos atavíos. Creemos que nadie mejor que D. ALVARO hubiera podido abrir la nueva era de libertad literaria.

No con tanta audacia y en escala mas reducida se ha presentado al público el autor de DOÑA MENCIA. Este drama del género doméstico, digamoslo así, no manifiesta cualidades tan brillantes como las del anteriormente citado; pero su estudio le sobrepuja quizá en corrección y esmero: los caracteres estan acabados con una laboriosidad y conciencia estremadas, hay calor y arrebatado en los afectos, su desenlace es imprevisto y valiente, y la versificación castiza, severa y armoniosa lleva en pos

(1) Véase el número anterior.

de si el oído y el corazón del público. Lo repetimos: Doña MENCIA no ostenta quizá las mismas galas y los mismos rasgos de imaginación que D. ALVARO, pero le escede en profundidad, en verdad y en buen concierto. Ambos dramas se han acercado infinito á la resolución omnimoda y completa del gran problema literario, y en este sentido merecen á nuestro entender el lugar de mas preeminencia entre las creaciones de la moderna escuela.

No le sucede otro tanto á la comedia de CADA CUAL CON SU RAZON que con tanto éxito hemos visto representada no hace mucho; porque si bien es cierto que supera de un modo brillante y victorioso la dificultad de la espresion, tambien lo es que el resto de la cuestion de la forma, ó sea el desempeño del drama, no se halla á la misma altura. La trama es endeble en comparacion de la lozanía de los versos y de los subidos quilates del diálogo, y en cuanto á pensamiento capital que forme su fondo y le dé la debida importancia, no tiene ninguno. Tal vez el autor se haya propuesto vencer todos los obstáculos de este género difícil en detalle y no en conjunto, y quizá en la publicacion sucesiva de trabajos análogos y de mérito creciente dé muestras mas aventajadas de su propósito: por ahora solo le diremos que si quiso hacer alarde de su facilidad prodigiosa de versificar y de su cabal conocimiento de la flexibilidad y riqueza de la lengua dramática en su bellissimo diálogo, ha logrado su objeto de una manera envidiable. Cuando tan felices disposiciones hay que admirar no son de tanto valor las alabanzas como los estímulos, y aunque á la laboriosidad del Señor Zorrilla pudieramos ahorrárselos muy bien, no dejaremos de decirle que la patria espera mucho de él, y que haría muy mal en defraudarla de esperanzas tan legítimas.

De intento hemos dejado de hablar en este artículo de los felices ensayos hechos tambien por nuestros autores contemporáneos en el drama histórico ó tragedia moderna, porque siendo tan diverso este género por su índole particular, parécenos conveniente dedicar á su examen un determinado discurso, con el cual habremos cumplido nuestro intento de trazar un rápido bosquejo del estado actual de nuestra literatura dramática.

ENRIQUE GIL.

COSTUMBRES VASCONGADAS.

ARTICULO 5.º Y ÚLTIMO.

(Idioma).

Enter á demostrar las perfecciones de el idioma vascongado considerado por muchos como un dialecto despreciable, es obra que por demasiado ardua la hemos meditado antes de resolver el rumbo que debiamos seguir, pues el buen juicio que formaron nuestros lectores á la lectura de los anteriores artículos y el aprecio que de ellos han hecho honrándonos así sobremanera, exige que en materia de tanto interés como la que vamos á tratar depongamos todo género de confianza cimentada en solo nuestros conocimientos, y cedamos la satisfaccion de ilustrar al público en esta materia á un ingenio esclarecido cuya pérdida lamenta la literatura. Hablamos del historiador é ideologista D. Juan Antonio de Iza Zamácola, de quien hicimos mérito en nuestro primer ar-

tículo, porque á su vasta erudicion y conocimientos historiográficos, unió los del profundo estudio de el idioma vascongado, y de un trabajo suyo sobre esta materia hemos resuelto valernos hoy extractando lo conveniente á nuestro objeto, pues si bien es verdad que tenemos conocimientos propios de los países que hemos descrito en los artículos anteriores, consideramos oportuno el apoyar el presente en la grave autoridad de aquel autor.

Grandes disputas se han movido en estos años últimos para aberiguar cual debió ser en el mundo la primitiva lengua, y aunque los literatos han pretendido establecer diferentes opiniones, unos en favor del idioma hebreo, otros en el del árabe, griego, chino, teutónico, flamenco, y otros en fin en favor de las lenguas que ellos mismos hablaban, lo cierto es que no ha sido posible todavia el que hubiesen convenido en una cosa estable, porque el idioma primitivo que ellos buscaban se ocultaba en la oscuridad de otros siglos mucho mas antiguos y remotos que los conocidos en la historia de las naciones, de cuyos tiempos no se conserva memoria alguna en el mundo; y esta fue la razon que movió al respetable filósofo vascongado D. Pablo Pedro de Astarloa para engolfarse en la gran disputa de la antigüedad de las lenguas.

La lengua vascongada es un idioma razonado tan perfecto en todas sus partes, que no se conoce otra en el mundo con quien pueda compararse en discrecion, sabiduría y excelente union de las partes que le constituyen. Ella no tiene anomalía, escepcion, ni defecto alguno en su mecanismo y composicion, ni una sola voz que pueda ser dudosa ó incomprendible á los que la hablan, porque todas sus letras, sílabas, palabras y frases son significativas.

Su alfabeto se compone de once letras vocales llamadas radicales que son *a, e, i, o, u, ai, au, ei, eu, oi, ui*, y de veinte y una letras consonantes como *b, c, d, f, g, ch, l, ll, m, n, ñ, p, r, rr, s, t, st, tx, x, z, j*. Todas estas letras significan por sí mismas aisladamente ó en globo varias cosas, así como la *a* que se aplica á todo lo que es ó parece estendido á la vista; la *e* que denota declivio ó debilidad: la *i* lo piramidal, estrecho, lineal y punteagudo: la *o* la admiracion, lo redondo, los globos; y la *u* todo lo vacío, profundo hueco etc.

Las consonantes tienen asimismo cada una su significacion peculiar, semejante á la configuracion que ponian la boca, los labios, y la lengua de los vascongados para pronunciarlas. Estas consonantes unidas con las vocales producen sílabas con mayor estension de su signado: las sílabas forman palabras todas significantes; y últimamente las palabras por un enlace natural y necesario entre ellas forman los periodos, las oraciones y los discursos con que se explican las ideas.

Los vascongados no han tenido jamás necesidad de la escritura para comunicarse sus ideas y pensamientos: ellos tenian un idioma sabio con el alfabeto mas completo, pero no escribian sino lo precisamente necesario que se presentaba en sus asambleas generales á fin de obtener su aprobacion. Todos los demas escritos de anales fueros, usos, costumbres, ritual religioso, historia, jurisprudencia, politica, medicina, astronomia, y cuanto parecia á la censura de aquellos padres de la patria, todo se quemaba y rompía allí mismo sino quedaba adoptado lo que se proponia, para que no perturbase jamás la quietud y tranquilidad de los moradores; y he aquí la manera con que sus diferentes repúblicas y federaciones gozaron de una larga paz en sus gobiernos, sin incurrir en los delirios que han conservado estos grandes almacenes